



---

## **CIUDAD BOLIVAR**

### ***De lo absurdo a lo posible\****

**MARIA CLARA RUIZ MARTINEZ**

*Has creído que mil hectáreas son muchas? Has creído que  
la tierra es mucha?  
Te ha costado tanto aprender a leer?  
Te enorgullece comprender el sentido de los poemas?  
Quédate conmigo este día y esta noche y serás dueño del  
origen de todos los poemas.  
Serás dueño de los bienes de la tierra y del sol (aún  
quedan millones de soles),  
Ya no recibirás de segunda o tercera mano las cosas, ni  
mirarás por los ojos de los muertos, ni te  
alimentarás de los espectros de los libros,  
Tampoco mirarás por mis ojos ni aceptarás lo que te digo,  
Oirás lo que te llega de todos lados y lo tamizarás.*

*Walt Whitman*

Cuando me propusieron hablar sobre Ciudad Bolívar, no me quise limitar a describirla físicamente. Aunque me parece importante mostrar su ubicación geográfica y su estructura material, considero indispensable hablar de aquello que contiene las calles, las casas, las escuelas, los campos de juego, las iglesias, es decir, todos aquellos seres que viven y sienten este entorno.

Haré un recuento paralelo tanto de la experiencia concreta como del proceso que he tenido con respecto a mi posición acerca del trabajo que ejercemos los profesionales en una comunidad, cualquiera que esta sea.

Lo absurdo se refiere a la frecuente actitud que asumimos de creer conocer de antemano a la comunidad: sus necesidades, su pobreza, sus razones, su vida; lo posible, a la confianza que tengo en el cambio de actitud a través de la transformación constante del profesional como ser humano y por lo tanto de su relación con la comunidad.

---

*\*Este documento fue escrito para ser presentado en el I Congreso Iberoamericano de Hábitat popular, realizado en el mes de Junio de 1993 en Bogotá, Colombia.*



De esta experiencia que he vivido en Ciudad Bolívar se derivan conceptualizaciones que lejos de prometer una solución o dar una respuesta, un resultado o una verdad, son el recuento de un proceso que vivo cotidianamente, que construyo y reconstruyo permanentemente.

## **DESCRIPCION**

Ciudad Bolívar es una zona de aproximadamente dosmil hectáreas, ubicada al sur de Bogotá, situada en la ribera izquierda del río Tunjuelito, entre esa corriente y la carretera que de Bogotá conduce a Soacha. Por el sur limita con la alcaldía menor de Usme; al oriente y al norte con la alcaldía de Tunjuelito y al occidente con la de Bosa.

La zona se compone de tres clases de tierra: El plan, que se extiende del río a las montañas; las montañas propiamente dichas, que son tres, donde ha habido desde hace mucho tiempo explotación de canteras; y una parte cultivable donde se halla la hacienda Quiba, el sitio preferido para el esparcimiento de las familias.

Estas tierras fueron destinadas por el concejo de Bogotá, en 1979, al uso exclusivo de la agricultura, la ganadería, la explotación agrícola, equina y porcina y, en uso restringido la vivienda popular. Las circunstancias de pobreza desbordaron dicha clasificación convirtiendo la vivienda en el uso principal.

Los habitantes, que acudieron de otros barrios de la ciudad y de prácticamente todas las regiones de Colombia, llegaron con el objetivo de adquirir una vivienda barata, invadiendo o vinculándose a programas de vivienda popular, autoconstrucción y compra o arriendo a particulares. Era importante la cercanía a la ciudad que, según pensaban, les proporcionaría trabajo. Sin embargo, muchos no han conseguido vivienda y continúan sin ocupación.

Ciudad Bolívar es una zona heterogénea. No se puede asegurar que todos viven en tal o cual situación. Así como hay familias que viven en la pobreza absoluta, otras viven en niveles más altos, próximos a la clase media popular.

La estructura de los barrios depende tanto de la antigüedad como de la ubicación de estos. Por ejemplo, en Meissen, uno de los barrios más antiguos, se encuentran, no solo casas bien estructuradas, sino también centros educativos y de salud a los que habitantes de otros barrios acuden. Este barrio se ubica en la parte plana de la zona, cerca a la avenida Caracas, una de las vías principales de la ciudad. Mientras tanto, en barrios como Arabia y Cordillera, ubicados en la parte alta de la montaña, las calles son despavimentadas y las casas, en su gran mayoría, están lejos de proporcionar un hábitat que proporcione la calidad de vida a la que sus habitantes aspiran.

Personas que conozco de los barrios Naciones Unidad, Arabia, Ocho de Diciembre, Cordillera, Tesoro y Tesorito, cuentan que la zona estaba habitada por familias que vivían en fincas y que gran parte de los terrenos de Ciudad Bolívar pertenecían a la Hacienda "La María".

Las historias relatadas por tres personas: un hombre del barrio Naciones Unidas, un habitante del barrio Cordillera y una líder comunitaria del barrio Arabia, muestran cómo se han venido formando los asentamientos y el estilo de vida que caracterizaron el inicio de habitación en la zona:



Alberto Chaparro, la persona que le dio el nombre al barrio Naciones Unidas, pensando en la ayuda que podría recibir de la organización de las Naciones Unidas, cuenta que "estas tierras eran muy arborizadas, había pinos, cipreses, candelabros, alisos y urapanes, Comenzaron a tumbar estos árboles para invadir los terrenos. Eran casi cinco fanegadas".

"hace aproximadamente doce años empezó a llegar gente de todas partes de Colombia, pero desde hace cinco o seis comenzaron a invadir y comprar lotes. Cuando llegamos, la zona no tenía ningún servicio. Por la noche, tocaba prender velas o comprar linternas, además tocaba bajar hasta el tanque "El Bogotacito" o subir a una quebrada, por detrás de la loma, para lavar la ropa. Había que caminar durante una hora y media".

"Llegué al barrio en 1979; me vine de Vélez, Santander, con mi esposo e hijos a buscar una mejor vida, porque allá por culpa de los terratenientes no hay progreso, ya que ellos ponen a trabajar a la gente a su antojo y nunca les pagan lo que se merece. Allá vivía muy aburrida de ver como manejaban a mi marido y que trabajaba y trabajaba y nunca teníamos nada; entonces decidimos venirnos, al principio llegamos a Bogotá y mi esposo entró a trabajar en un taller que estaba casi abandonado, lo que tenía que hacer era cuidar lo que había. Allí vivimos un tiempo. Eso estaba vuelto nada. Parece que la gente que vivía antes allí, nunca se había preocupado por asearlo. Llevaban mucho tiempo viviendo ahí, y a esa señora nunca se le ocurrió hacer una cocina; tenían perros, gatos, etc., y se pasaban por encima de los platos porque estaban en el piso. El patrón nos dijo que lo podíamos arreglar como quisiéramos, entonces trabajé fuertemente. Fui a una cacharrería y conseguí una estufita, arreglé la cocina y el resto con materiales que había en el taller, hasta que dejé eso vivible; el patrón era muy buena gente, quería mucho a Alejandro, mi marido. De allá nos vinimos para acá porque un día que el patrón mandó a mi esposo a botar una basura en un basurero con otro compañero les dio pereza ir hasta el basurero, entonces la botaron en un potrero donde ya había basura. La policía los vio y se los llevó a la cárcel. Esa misma noche fue el patrón a visitarlos pero no los sacó para que dejaran de ser tan bobos y perezosos. El me dijo que había hecho eso para que aprendiera, que tranquila, que por chupar frío una noche no les iba a pasar nada. Al otro día que salió de la cárcel dijo que nos íbamos de ahí porque el patrón los había dejado en la cárcel y no se tomó la molestia de hacer nada. Ni porque yo le hablara y el patrón, cambió de opinión. Nosotros ya habíamos conseguido este lote y nos veníamos; el patrón le dijo: Bueno, ya que se va, saque del taller lo que quiera para que construya algo allá. Y así fuimos construyendo poco a poco. Yo trabajaba en una empresa, nos tocó comer mierda. Allá a uno cuando llegaba le daban tinto (café). Entonces ese era el desayuno. Luego le daban almuerzo bueno. Por la tarde, otro tinto o agua aromática, pero yo no comía, no podía pensar en que mis hijos estaban en la casa sin comer. Nos tocó muy duro. Desde hace ocho años que llegué estoy trabajando por el barrio. Siempre me ha gustado realizar trabajos comunitarios; cuando vivía en Vélez trabajaba con la gente concientizándola de que peleara por sus derechos. Mi papá me decía que yo siempre vivía jodida por andar pendiente de los demás. Yo no estoy de acuerdo con la idea de que a la gente le guste vivir fragada y no hagan nada para estar mejor. En ese momento en que llegamos no había nada, una que otra casita. El que llega ahora es un rey porque lo tiene todo".

A medida que los habitantes de la zona se fueron apropiando de ella, se vieron en la necesidad de buscar alternativas de trabajo, como ha sido la compra y venta de frutas y verduras en Corabastos, la plaza mayorista de la ciudad, que se encuentra cerca a la zona. De ésta plaza se surten directamente las tiendas, y los domingos, en las calles principales de algunos barrios se conforman mercados.



Corabastos no solo es una alternativa de trabajo para adultos. Los niños descargan los camiones, alcanzan bultos, barren los puestos o recogen "chiquero", desecho de frutas, y cáscaras utilizables en la alimentación de hombres y animales. Son personajes realmente importantes en la dinámica de la zona. Por ellos sus padres se vinieron del campo, porque la ambición es que los hijos crezcan en lo propio. Habitan las calles que son la prolongación del hogar. Ocupan el espacio con sus juegos, cuando no permanecen encerrados en sus casas. Tiran piedras, saltan lazo, juegan a las escondidas, golosa, van con sus carros de balineras, muy apropiados para las pocas calles pavimentadas, que por lo general son bastante inclinadas. El fútbol y el tejo son los deportes preferidos tanto por niños como por adultos. Trabajan desde edades tempranas, cuidan a sus hermanos menores, recogen botellas por las calles, cargan galones de agua o combustible, venden dulces y galletas en los buses. Pocos logran cupos en los colegios y muchos de ellos trabajan en la jornada contraria. Los domingos ayudan a sus padres en las construcciones, arrastran tubos, tejas, madera y agua. Recogen piedras en los montes para echarlas en los cimientos.

## LO ABSURDO... LO POSIBLE

*Entonces comprendí que mi lugar es donde estoy ahora.  
Hizo falta todo el tiempo para llegar a este momento y  
este lugar, por eso este ahora y este aquí, son  
importantes como todo ahora y aquí, a los que debo vivir  
con plenitud. Si vivo intensamente cada presente tendrá  
pasados bellos y mañanas venturosos, entonces no habrá  
lugar para dudas y reproches.*

*Facundo Cabral*

Luego de esta descripción, entraré a expresar mi experiencia de trabajo en la zona y mi posición acerca del mismo. Es difícil plasmar en tan corto espacio una vivencia de tres años, que se proyecta hacia el resto de mi vida.

Me habían dicho que el trabajo en Ciudad Bolívar era un reto. Que eran más de doscientos barrios en condiciones miserables. Alguna vez tuve la oportunidad de pasar por uno de los barrios: la gente afuera, las casas de paroid (tela asfáltica), de cartón, de lata. Realmente me impresioné y sentí que Ciudad Bolívar era un misterio que tenía que descubrir.

Un año después tuve la oportunidad de elegir, entre varios sitios, el trabajo en esta zona, conociendo cinco barrios a los que me enfrenté con el miedo y el deseo de vivir un mundo desconocido. Creo que me seducía la idea del peligro, de la originalidad, además de la sospecha que tenía de que mi vida necesitaba esa experiencia, salir de la realidad parcial en la cual estaba inmersa para conocer esa "otra realidad" que los libros y las aulas universitarias, mi familia, mis amigos y mi entorno no me podían mostrar.

Desde el primer día sentí un espacio y un tiempo diferentes. Niños y niñas apropiándose de las calles con sus carros de balineras, trabajando, cargando galones de agua y cocinol, o buscando monedas para jugar en las maquinitas de las tiendas. Los jóvenes, a diferencia de lo que me habían contado, no permanecían vagando en el barrio, ni consumiendo droga en la calle. No los veía, rara vez hablé con ellos. Las mujeres, cuando no llegaban de trabajar de otra parte de la ciudad,



permanecían en el barrio cuidando a sus hijos y trabajando por la comunidad. Descubrí que el trabajo comunitario se hace válido, no solo por los proyectos que planteamos los profesionales sino por la actitud de las mujeres que trabajan por sus familias, por sus hijos, por su zona, por ellas mismas. Los hombres, que trabajan casi siempre fuera de la zona, en construcciones, vendiendo frutas en corabastos o en las calles, permanecen los domingos en las casas, en las tiendas o en los campos de tejo.

Este acercamiento a la dinámica de la comunidad me llevó a cuestionar los prejuicios que había aprendido con respecto a la "gente", que vale porque su vida no es predecible ni programable, sino por su singularidad, que la hace "rica" a pesar de las circunstancias históricas.

Me habían hablado de personas importantes a quienes debía conocer. Pola, Carmenza, Emigdio, líderes comunitarios que me contaron aspectos relacionados con la zona, su historia y sobretodo sus necesidades. Pasamos tardes enteras hablando de nuestras concepciones de vida, de nuestras expectativas, de nuestros deseos, y me involucré de tal manera que reforcé y re-evalué mi condición de ser humano como estudiante, mujer, psicóloga, pareja.

Además sentí la necesidad de conocer personas que no participaran en ningún tipo de trabajo comunitario. Ellos también son comunidad, aunque vivan en la cima de las montañas. Gente olvidada, que no participa en los grandes programas porque no cree en ellos, o porque no concibe subir y bajar trescientos escalones por un poco de bienestarina. Con ellos también pasé momentos intensos, casi todos agradables. Digo casi todos, porque así como viví las conversaciones y los juegos de parqués, también sentí la falta de cupos en los colegios, la enfermedad de los niños o los vecinos, el cansancio.

Me enteré que había razones y explicaciones de las cosas, diferentes a las mías. Por ejemplo, mujeres que se quedaban en su casa, concebían el quehacer doméstico como un trabajo real, igualmente válido y productivo que el de las personas que recibían dinero por sus trabajos. Aprendí que la producción no está definida única y exclusivamente por un salario, su trabajo era indispensable para la economía familiar.

En alguna ocasión tuve la oportunidad de realizar talleres de sexualidad con mujeres de varios barrios de la zona, que me contaban, entre otros aspectos, que sus parejas no les permitían utilizar anticonceptivos porque creían que aumentaba la posibilidad de que ellas fueran infieles, entonces, cuando querían planificar lo hacían a escondidas.

Estas situaciones me hicieron ver que la explicación de comportamientos era diferente para cada persona, que mis razones no eran las razones de todos y que estas eran tan válidas como las mías.

Por otro lado, sentía el conflicto que había vivido durante toda mi formación académica entre el esparcimiento y el trabajo. Había permanecido en el ámbito académico, el cual me "obligaba" a trabajar duro para sacar una buena nota. Ese era el producto, un criterio cuantitativo, algo que pocas veces tuvo que ver conmigo. Aquí las charlas y los juegos no podían encuadrarse dentro de la academia, pero de alguna forma estaban relacionados con ella, y me preocupaba mi quehacer como Psicóloga. Me parecía importante diferenciarme de otros profesionales, mostrar que la Psicología podía aportar en la comunidad. No me escapaba de la competencia profesional; sentía esa absurda omnipotencia de pensar que podía y debía dar respuestas y que me haría necesaria en cualquier espacio.



Mi vivencia en Ciudad Bolívar me cuestionaba el criterio del trabajo que tenía. No me permitía utilizar ese conocimiento de la realidad que había leído y me obligaba a reformular mi concepción de la producción del trabajo. A ver que podía vivir intensamente el día y que el trabajo no tenía por qué impedirlo, por el contrario, lo alimentaba. Todos los días producía, y mucho, pero no lo sentía porque no podía contabilizar mi experiencia.

Entonces me vi en la necesidad de plantear una alternativa. Estaba invadida por una crisis que anunciaba un cambio, un nacimiento. Criticaba el manejo académico que yo estaba ejerciendo, pero no tenía una salida. Y empecé a crearla. A ejercer un modo diferente y auténtico de trabajo. Me cansé de los libros y el fracaso en la búsqueda de respuestas para enfrentarme a la experiencia que vivía. Ya no iría en busca de escaparme a través del conocimiento sino de la experiencia directa, de lo que hay más allá de las palabras, donde realmente todo lo que sucede puede llamarse vida.

Esto implicaba romper con mi concepción del trabajo, que tomaba otro color. Era volver a empezar, asumiendo una responsabilidad que me obligaba a elegir: o seguía manteniéndome al margen de la situación que me presentaban en los barrios, o elegía por la vida, asumiendo el compromiso y la responsabilidad hacia mí, para poder compartirlo con la comunidad. Esta segunda opción, que mataba la seguridad a la que estaba acostumbrada, me presentaba también la necesidad de evitar tantas excusas para salvarme de mi responsabilidad individual.

A raíz de esto, he planteado mi posición con respecto al trabajo en una comunidad:

Como primera medida, me parece importante reconocer que el ser humano es integral. No soy persona o Psicóloga, mujer, hija o pareja. Soy una, y solamente a través de la armonía que pueda crear de las partes que me componen y se integran entre sí, me parece válido un trabajo en cualquier comunidad.

Desde este punto de vista, la Psicología o cualquier "disciplina" deja de ser ese conocimiento ajeno que antes de apoyar procesos los limita. Dejo de ser esa máscara omnipotente que cree tener la solución a todo, menos a lo propio. La academia contestataria se desvanece y me doy la posibilidad de hacer(me) preguntas, no importa si hay o no respuestas.

Así rompo con la mentira de la seguridad constante, que me ofrece garantías, reconciliaciones y soluciones definitivas, que no me pone trabas y me facilita vivir en el error sin cuestionarlo por un momento.

Así, el encuentro con el otro se hace posible, y en esta medida, el trabajo comunitario, porque esas casas de lata y paroid, las calles, las montañas y las piedras se componen de gente que vive, siente y construye un estilo auténtico de vida, a partir de sus posibilidades y valores.

En esta medida, los proyectos que se plantean ya no desde el escritorio, sino tomando realmente en cuenta la comunidad, empiezan a tener sentido y profundidad. El trabajo comunitario trascenderá los diagnósticos zonales y el profesional podrá ofrecer un verdadero aporte a su carrera y a la comunidad, pero ante todo a su persona, ya que construirá una posición que tendrá matices propios y que permitirá, con base en el respeto, un real trabajo, lo que implica dejar de esperar que la diferencia se disuelva, prefiero tomarla en consideración, ejercer una crítica válida y olvidar que "mi" verdad es única e irrefutable.